

"El paisaje es la memoria de un lugar"

Texto y fotografías: Ismael Muñoz

La infancia en un pueblo es un aprendizaje continuo a través de vivencias que agarran al corazón como un águila a su presa. Da igual dónde te lleve la vida, nunca te abandonará una mirada rural. Julio Llamazares, que navega entre la ciudad y el mundo rural que lo vio nacer, fabula sobre las emociones que le producen la memoria y la observación de un paisaje que ha cambiado con el tiempo y la presencia o el abandono del ser humano. Su obra habla de cultura e identidad, que se alimentan mutuamente, y se refuerzan cada vez que un narrador las transmite.

Usted vivió su infancia en pequeños pueblos de León. ¿Cómo le ha influido esta circunstancia?

A todos nos marcan nuestros primeros años para toda la vida. Es cuando se conforma la identidad y la sensibilidad. Decía Rilke que la patria del hombre es su infancia, así que nacer en un pueblo o en una ciudad te sitúa en dos terrenos diferentes, aunque ahora se ha homogeneizado todo. Los que nos hemos formado en el mundo rural y llevamos toda la vida en ciudades tenemos un pie en cada mundo.

La sociedad es cada día más urbana. ¿Hasta el punto de que puede haber perdido el contacto con el medio natural?

En general, hay un alejamiento cada vez mayor de ese mundo rural. Y eso influye en el día a día de las personas e incluso en cómo se conforman las sociedades.

Todo viene precedido de un descrédito de lo rural, bien sea a través del desprecio o de la idealización. Las dos actitudes demuestran no entender el mundo rural.

La propia sociedad rural se consideraba de españoles de segunda división. Tenía idealizada la ciudad como un mundo mejor hacia el que debíamos ir. Ahora esa idealización se ha dado la vuelta en

cierto modo: la sociedad urbana piensa en el mundo rural como el paraíso perdido, que en absoluto lo fue.

La pandemia y situaciones de crisis económicas presentan al mundo rural, y su contacto con el medio natural, como la gran esperanza de una vida mejor.

Es una idealización que quizás nos lleve a alejarnos más de los tiempos y los ritmos de la propia naturaleza humana, que era la que hemos conocido en los pueblos. Algunos van ahora al pueblo buscando ese paraíso natural perdido, hablan con el pastor con un lenguaje paternalista y tocan a una oveja como si fuera un león de África. No saben que, en cierto modo, el mundo rural se está convirtiendo en un trampantojo: el que te atiende en la casa rural el fin de semana también vive en la ciudad. Hay una conversión del campo en un decorado para turistas. Lo curioso es que muchos de esos turistas vienen de ese mundo y se han dejado confundir antes.

Se ha impuesto una forma urbana de vivir, pero ¿es ese el problema para el futuro de los pueblos más pequeños?

Se ha producido un cambio de modelo en la sociedad, mayoritariamente urbana; incluso los intentos un poco utópicos de volver al campo por parte de cierta gente son culturalmente urbanos.

“ Concibo las novelas como tumores emocionales que se te van formando en la conciencia, hasta que crecen demasiado y te los tienes que quitar para que no te anulen



Es verdad que, en ciertas cosas, no hay los mismos medios en el mundo rural que en la ciudad, pero es que siempre fue así y antes vivía la gente en los pueblos. No había médico, ni buenas carreteras. Las dotaciones ahora son mucho mayores. No es ese el problema. El principal problema es la soledad y la falta de oportunidades.

Decía Avelino Hernández, el escritor soriano, que durante siglos la gente vivió cultivando barrancos estériles y lomas baldías hasta que llegó la Diputación y les hizo las carreteras. Entonces las cogieron y se fueron todos. Conocer las mayores oportunidades y las condiciones de vida de otros lugares hace que tú también las desees. Salvo que estés muy arraigado, es muy duro un día de invierno en un pueblo y no ver a nadie en la calle. Es difícil vivir con la soledad.

La soledad no es monopolio de los pueblos pequeños.

Cierto, la soledad también se puede sentir en las ciudades, donde hay mucho desarraigo. Eso genera problemas psicológicos en muchas personas, al no sentirse parte de donde viven y la idealización de aquel mundo del que vienen, además de problemas de tipo material, como el hacinamiento o los precios de la vivienda.

Julio Alonso Llamazares nació en Vegamián (1955), un pequeño pueblo de las montañas leonesas anegado en los sesenta por el embalse de Porma, lo que le llevó a vivir su infancia en otros pueblos de la cuenca minera. Licenciado en Derecho, rápidamente decidió que su camino era contar historias. Articulista, novelista, ensayista, guionista cinematográfico y poeta, Llamazares ha tocado casi todos los géneros. Sus novelas más conocidas son *Luna de Lobos*, *La lluvia amarilla* y *Vagalume* y sus dos libros de poesía son *La lentitud de los bueyes* y *Memoria de la nieve*. En su obra el mundo rural, su paisaje, la soledad y la memoria transmitida entre generaciones son cuestiones centrales. Sin embargo, si Julio Llamazares tiene que escoger un género se queda con la literatura de viajes, en el que ha escrito libros como *El río del olvido*, *Cuaderno del Duero* o *El viaje de Don Quijote*, entre otros.

No es inocente ese cambio de modelo social, del mundo tradicional, rural y agrario al mundo urbano, con efectos colaterales desde el punto de vista cultural y antropológico. Este gran cambio ha producido un cataclismo en la forma de ser de las personas y en su identidad.

Cultura, identidad y sentimiento de pertenencia van de la mano. ¿Existe una identidad rural?

El mundo rural español ya no tiene que ver con el que yo conocí de joven. La globalización de la comunicación y del uso del coche, que fue lo que lo despobló, han cambiado el paisaje. Ahora el maestro del pueblo vive en León, hace una hora de coche hasta el pueblo, da clase y se vuelve.

Hoy llegas a un instituto con los ojos cerrados y no puedes saber si estás en San Esteban de Gormaz o en Cánillejas, en Madrid. Se ha homogeneizado todo. La diferencia entre la gente que vive en el mundo rural y en el mundo urbano es menor, porque ve los mismos programas, lee la misma prensa digital, come lo mismo, viste lo mismo.

Añádele otros factores, como un intercambio mucho mayor de inmigrantes. Todo eso ha ido transformando la cultura, la identidad y sobre todo la forma de ver la vida,

“ Yo soy de un pueblo perdido de España y eso genera una manera de ser y de ver la vida

y de verse a sí mismos, de la gente que vive en el campo y en las ciudades.

¿Cómo forma su imaginación y cómo influye en su pensamiento y creación intelectual ese contacto con el medio rural y natural?

Toda la literatura surge de la memoria. La literatura es memoria transformada a través del lenguaje. Decía António Lobo Antunes, que la imaginación no es más que “memoria fermentada”.

Tu experiencia personal o colectiva se transforma en una especie de compost del que sale un vapor, que es la imaginación. El escritor acude a ese compost de la memoria para crear su fabulación e intentar interpretar el mundo o soportar el paso del tiempo, cada uno tiene sus motivaciones. El magma inicial de toda mi memoria está, como el de todas las personas, en los primeros quince años, de

los cuales yo pasé casi todos en pequeños pueblos donde mi padre ejercía de maestro.

¿Qué importancia tiene en la creación de la memoria la transmisión oral de la cultura que se hacía en los pueblos?

Creo que hay un mundo antes de la televisión y otro después. El mundo oral transmitió la cultura durante siglos hasta la llegada a la televisión, que hizo callar a todos. La gente se transmitía sus miedos, sueños y deseos a través de sus historias. Yo me crié escuchándolas. Esas experiencias son el origen de la literatura. Los escritores hacemos lo que hacía toda esa gente: contar. Como dice Luis Mateo Díez, “contar y encantar contando”, eso es la narración, contar y encantar contándose para abrir la imaginación de los que escuchan y que un día narren sus historias.

¿Hasta qué punto esa transmisión oral ha tenido presencia en su literatura?

Cada uno debe escribir lo que le pide el cuerpo y el alma, en función de tu experiencia, de tu manera de ser o de tu estado de ánimo. Habrá escritores que escriban con una estrategia comercial. Yo escribo intentando sacar de mí lo que me pesa en la conciencia. Soy un escritor de emociones.

Concibo las novelas como tumores emocionales que se te van formando en la conciencia, hasta que crecen demasiado y te los tienes que quitar para que no te anulen.

Si se escribe por necesidad ¿dónde queda el lector?

No es un desprecio al lector, pero lo que a mí realmente me gusta es llegar a casa, empezar a fabular y a escribir.



Julio Llamazares

La lluvia amarilla



Mi único objetivo es que a mí me emocione y que me conmueva lo que escribo. Intento escribir el libro que me gustaría leer y que haya la menor distancia entre lo que siento y lo que queda plasmado en el papel. Ese es el éxito de un escritor. Si no tuviera lectores seguiría escribiendo.

Cuando escribe ¿mira con nostalgia el mundo rural de su infancia?

Con nostalgia no, porque yo creo que cualquier tiempo pasado fue peor, desde el punto de vista material. Sí puede haber una nostalgia de la juventud o de la infancia, o de ciertas cosas, pero a la vez entender que la forma de vida era mucho peor. No idealizo el campo ni la ciudad. Pero sí creo que tiene que haber un equilibrio para buscar una mayor calidad de vida, desde el punto de vista incluso emocional, entre la naturaleza y la ciudad.

Ha dicho en alguna ocasión que los personajes son la máscara del autor, que hablan por su boca, en definitiva, que son su memoria. ¿Estamos perdiendo la memoria rural?

Hay gente que necesita que esa brasa de la memoria rural siga latiendo porque es su núcleo de identidad. Hay gente que no, porque no la ha conocido.

Hay muchas cosas que es una pena que se pierdan, como el vocabulario. Probablemente también la solidaridad que venía determinada por la precariedad en la que vivían, también en las ciudades. El estado del bienestar genera individualismo. Cuando la gente no tiene nada suele ser bastante solidaria. Cuando adquiere un estatus se considera autosuficiente y se despreocupa de los demás. Cuando una nevada comunicaba el pueblo todo el mundo colaboraba, ahora se exige una quitanieves.

En su obra está muy presente todo este mundo rural, la soledad y la identidad, ¿va a seguir siendo el núcleo de su creación?

Sin duda, porque ese soy yo. Yo soy un chaval de un pueblo perdido de España y eso genera una manera de ser y de ver la vida. Es lo que hace que me lea quien me lee. Una novela es un espejo en el que tú te miras y, si no te ves reflejado, pues no te dice nada.

El éxito de *La lluvia amarilla*, que no deja de ser un monólogo de 200 páginas de lo que piensa un hombre mientras se muere en un pueblo abandonado, es que hay millones de personas en el mundo que han vivido ese

proceso y se sienten identificados. Yo escribí esto porque me impactaba llegar a un sitio que está todo en ruinas y del que se ha ido todo el mundo.

¿La memoria y el paisaje son las dos constantes de su obra?

Los dos pilares de lo que escribo son la memoria y el paisaje. El paisaje es la memoria de un lugar. De hecho, yo creo que el paisaje es el personaje principal de todo lo que he escrito. El paisaje se impregna de la vida de los que vivieron en él. Por eso, los pueblos abandonados son un paisaje que sigue hablando.

El paisaje es el espejo del alma en el que nos miramos y que, además, ha creado el tiempo y el mundo rural con su actividad.

¿Nos puede adelantar cuál será su próximo libro?

Es un ejemplo de lo que hablamos de la memoria. Se titula *El viaje de mi padre*. La literatura de viaje es el género literario por excelencia porque lo que hace el viajero cuando regresa es contárselo a alguien y porque todos los libros fundacionales de todas las literaturas han sido libros de viajes: *La Odisea*, *El cantar del mío Cid*, *Marco Polo*, etcétera. El escritor es alguien que va andando por la vida y se sienta a contar lo que le ha ocurrido. Y este libro tiene que ver con mi memoria, con el viaje que le marcó a mi padre con 18 años cuando le llevaron a la guerra. Tuvo que salir de su pueblo de León para ir a Teruel en vagones de ganado y después a Castellón, donde vio el mar por primera vez. Con el trasfondo de la guerra civil, es un viaje por la geografía y en el tiempo. ■